



El Príncipe

Nicolás Maquiavelo



Editorial Digital  Imprenta Nacional

CR 854.31
M297p Maquiavelo, Nicolás, 1469-1527, autor(a)
El Príncipe [recurso electrónico] / Nicolás Maquiavelo. –
Primera edición. – San José, Costa Rica : Imprenta Nacional,
2019.
1 recurso en línea (56 páginas) : pdf ; 625 kb

ISBN 978-9977-58-505-5

1. Ensayos italianos. I. Título.

SINABI/UT 19-27

Coordinación editorial: Vinicio Piedra Quesada

Primera edición: mayo de 2019

Hecho el depósito de ley

Fuente: Wikisource



Editorial Digital de la Imprenta Nacional

Teléfono 2296-9570, extensión 301

editorialdigital@imprenta.go.cr

www.imprentanacional.go.cr

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

ÍNDICE

Dedicatoria	7
Capítulo I De las distintas clases de principados y de la forma en que se adquieren.....	7
Capítulo II De los principados hereditarios.....	8
Capítulo III De los principados mixtos	8
Capítulo IV Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se sublevó contra los sucesores de éste, después de su muerte	13
Capítulo V De qué modo hay que gobernar las ciudades o principados que, antes de ser ocupados, se regían por sus propias leyes.....	14
Capítulo VI De los principados nuevos que se adquieren con las armas propias y el talento personal	15
Capítulo VII De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna de otros....	17
Capítulo VIII De los que llegaron al principado mediante crímenes.....	20
Capítulo IX Del principado civil	22
Capítulo X Como deben medirse las fuerzas de todos los principados	24
Capítulo XI De los principados eclesiásticos	25
Capítulo XII De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios	27
Capítulo XIII De los soldados auxiliares, mixtos y propios	29
Capítulo XIV De los deberes de un príncipe para con la milicia	31
Capítulo XV De aquellas cosas por las cuales los hombres y especialmente los príncipes, son alabados o censurados.....	33
Capítulo XVI De la prodigalidad y de la avaricia	33
Capítulo XVII De la crueldad y la clemencia; y si es mejor ser amado que temido, o ser temido que amado.....	35

Capítulo XVIII De qué modo los príncipes deben cumplir sus promesas	36
Capítulo XIX De qué modo debe evitarse ser despreciado y odiado	38
Capítulo XX Si las fortalezas, y muchas otras cosas que los príncipes hacen con frecuencia son útiles o no.....	43
Capítulo XXI Como debe comportarse un príncipe para ser estimado	45
Capítulo XXII De los secretarios del príncipe	47
Capítulo XXIII Como huir de los aduladores	48
Capítulo XXIV Por qué los príncipes de Italia perdieron sus Estados	49
Capítulo XXV Del poder de la fortuna de las cosas humanas y de los medios para oponérsele	50
Capítulo XXVI Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros	51

DEDICATORIA

Los que desean congraciarse con un príncipe suelen presentarse con aquello que reputan por más precioso entre lo que poseen, o con lo que juzgan que más ha de agradarle; de ahí que se vea que muchas veces le son regalados caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas y parecidos adornos dignos de su grandeza. Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi sometimiento, no he encontrado entre lo poco que poseo nada que me sea más caro o que tanto estime como el conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y a un incesante estudio de las antiguas. Acciones que, luego de examinar y meditar durante mucho tiempo y con gran seriedad, he encerrado en un corto volumen, que os dirijo.

Y aunque juzgo esta obra indigna de Vuestra Magnificencia, no por eso confío menos en que sabréis aceptarla, considerando que no puedo hacerlos mejor regalo que ponerlos en condición de poder entender, en brevísimo tiempo, todo cuanto he aprendido en muchos años y a costa de tantos sinsabores y peligros. No he adornado ni hinchado esta obra con cláusulas interminables, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquier atractivos o adornos extrínsecos, cual muchos suelen hacer con sus cosas, porque he querido, o que nada la honre, o que sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata. No quiero que se mire como presunción el que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y criticar el gobierno de los príncipes. Porque, así como aquellos que dibujan un paisaje se colocan en el llano para apreciar mejor los montes y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano escalan los montes, así para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe, y para conocer la de los príncipes hay que pertenecer al pueblo.

Acoja, pues, Vuestra Magnificencia este modesto obsequio con el mismo ánimo con que yo lo hago; si lo lee y medita con atención, descubrirá en él un vivísimo deseo mío: el de que Vuestra Magnificencia llegue a la grandeza que el destino y sus virtudes le auguran. Y si Vuestra Magnificencia, desde la cúspide de su altura, vuelve alguna vez la vista hacia este llano, comprenderá cuán inmerecidamente soporto una grande y constante malignidad de la suerte.

CAPÍTULO I

DE LAS DISTINTAS CLASES DE PRINCIPADOS Y DE LA FORMA EN QUE SE ADQUIEREN

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando una misma familia ha reinado en ellos largo tiempo, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo, como lo fue Milán bajo Francisco Sforza, o son como miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o a ser libres; y se adquieren por las armas propias o por las ajenas, por la suerte o por la virtud

CAPÍTULO II

DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS

Dejaré a un lado el discurrir sobre las repúblicas porque ya en otra ocasión lo he hecho extensamente. Me dedicaré sólo a los principados, para ir tejiendo la urdimbre de mis opiniones y establecer cómo pueden gobernarse y conservarse tales principados. En primer lugar, me parece que es más fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo, ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse. De tal modo que, si el príncipe es de mediana inteligencia, se mantendrá siempre en su Estado, a menos que una fuerza arrolladora lo arroje de él; y aunque así sucediese, sólo tendría que esperar, para reconquistarlo, a que el usurpador sufriera el primer tropiezo.

Tenemos en Italia, por ejemplo, al duque de Ferrara, que no resistió los asaltos de los venecianos en 1484 ni los del Papa Julio II en 1510, por motivos distintos de la antigüedad de su soberanía en el dominio.

Porque el príncipe natural tiene menos razones y menor necesidad de ofender: de donde es lógico que sea más amado; y a menos que vicios excesivos le atraigan el odio, es razonable que le quieran con naturalidad los suyos. Y en la antigüedad y continuidad de la dinastía se borran los recuerdos y los motivos que la trajeron, pues un cambio deja siempre la piedra angular para la edificación de otro.

CAPÍTULO III

DE LOS PRINCIPADOS MIXTOS

Pero las dificultades existen en los principados nuevos. Y si no es nuevo del todo, sino como miembro agregado a un conjunto anterior, que puede llamarse así mixto, sus incertidumbres nacen en primer lugar de una natural dificultad que se encuentra en todos los principados nuevos. Dificultad que estriba en que los hombres cambian con gusto de señor, creyendo mejorar; y esta creencia los impulsa a tomar las armas contra él; en lo cual se engañan, pues luego la experiencia les enseña que han empeorado. Esto resulta de otra necesidad natural y común que hace que el príncipe se vea obligado a ofender a sus nuevos súbditos, con tropas o con mil vejaciones que el acto de la conquista lleva consigo. De modo que tienes por enemigos a todos los que has ofendido al ocupar el principado, y no puedes conservar como amigos a los que te han ayudado a conquistarlo, porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban, y puesto que les estás obligado, tampoco puedes emplear medicinas fuertes contra ellos; porque siempre, aunque se descansa en ejércitos poderosísimos, se tiene necesidad de la colaboración de los «provincianos» para entrar en una provincia. Por estas razones, Luis XII, rey de Francia, ocupó rápidamente a Milán, y rápidamente lo perdió; y bastaron la primera vez para arrebatársele las mismas fuerzas de Ludovico; porque los pueblos que le habían abierto las puertas, al verse defraudados en las esperanzas que sobre el bien futuro habían abrigado no podían soportar con resignación las imposiciones del nuevo príncipe.